

la extensión del territorio y el poder de los combatientes: las tropas, sin subordinación, obligaban á los reyes á mantenerlas constantemente ocupadas en la guerra; los armisticios y los tratados de paz eran solo paliativos. Aunque la tregua de Andrusoff estableció entre ambas potencias la división de los Cosacos, empezaron de nuevo las discusiones, que constituyen el hecho mas notable de aquella época en el Norte, resultando, como consecuencia natural, la posesión de la Ucrania, barrera contra los Tártaros y los Turcos.

1667.  
30 de  
enero.

En lo interior la mayoría de la nación yacía en una deplorable servidumbre, sin conocer patria, sin ver otro remedio á sus males, sino la irrupción de algun extranjero, que pronto la desengañaba. El vivo sentimiento de nacionalidad produjo entre los nobles muchos caracteres heróicos, pero les inspiró desvío hácia las modificaciones que reclamaba el cambio de la civilización. La elección de los reyes se sacaba, digámoslo así, á subasta; y mientras el voto público llamaba al trono al mas digno, se nombraba al que hacía mas regalos á los electores. La nobleza, soberbia, corrompida é intrigante, no omitía cuidado para mantener tal elección, que dejaba á los grandes la eventualidad del trono, y á los pequeños la certeza del lucro. La administración habia llegado á ser un medio de enriquecerse. Sicinski, nuncio lituano, fué el primero en romper la Dieta, interponiendo su disenso; de aquí procedió el *liberum veto*, en virtud del cual un solo individuo eludía los derechos de la mayoría; y el *liberum veto* produjo Dietas tempestuosísimas y estériles, pues bastaba el disenso de un solo voto para impedir una resolución. Añádanse á esto las controversias religiosas. El rey era Católico; mas se toleraba á los disidentes; los obispos poseían grandes rentas, y á menudo habia dos en la misma ciudad, uno latino y otro griego; el clero inferior era escaso; los conventos ménos que en las demas partes, y los prelados tenían derecho á sentarse en el Senado. Los luteranos se habian dividido en varias sectas; los Griegos unidos y los Cismáticos se profesaban un odio mortal. *Disidentes* se apellidaban los no Católicos, partido grande y disforme, del cual eran aborrecidos tambien aunque se habia aumentado su número los socinianos, sentenciados por herejes y excluidos de la libertad de culto, principalmente desde que mostraron decidirse á favor de los Suecos. Estos en la paz de Oliva pretendieron una tolerancia absoluta para los disidentes; pero apenas lograron sustraerlos de la pena de muerte establecida contra ellos.

Juan Casimiro se condolia de tantos males, y pronunciaba en la Dieta palabras proféticas: « Hubo un tiempo en que reinaban la sencillez, el candor, el amor á la justicia; y nuestros padres, aun en medio de las facciones, estaban exentos de influencias extrañas; no tenían milicia á sueldo; no conocían los partidos pro-

cedentes de los campamentos y de las confederaciones militares; nunca se habia visto á la fuerza dar un señor á la Polonia; no se preveía el día en que los Estados vecinos hubiesen de repartirse la discordia Polonia, y en que la república llegase á ser víctima de las naciones. ¡Ojalá me engañe! pero me parece ver ya el momento en que el Moscovita y el Cosaco convocarán á todos los que hablen su lengua, y se apropiarán el gran ducado de Lituania; la Gran Polonia se abrirá á la ambición del Brandeburgo, y ¡quién sabe si por medio de las armas y los tratados aspirará á apoderarse de nuestro suelo hasta la Prusia! Tampoco el Austria, que tiene la vista fija en la Cracovia, querrá permanecer con las manos vacías. Estos vecinos prefieren poseer un trozo de la Polonia á ver toda la monarquía bajo el cetro de un príncipe, cuyo poder esté limitado por las franquicias nacionales. »

Los Polacos, en vez de prestar oído á estas palabras, se irritaron contra el monarca, pues la consecuencia que sacaba de ellas Casimiro era que eligiesen un rey mientras él aun vivía. Exacerbados los ánimos, los ejércitos formaron sus confederaciones para hacerse pagar un crédito de 26.000.000 de florines; y aunque hubieron de contentarse con 8.000.000, aspiraron tambien á reformar el gobierno, y se originaron rebeliones y efusión de sangre. Al frente de la oposición, especialmente para impedir que se eligiese el sucesor al trono en vida del rey, se puso Sebastian Jorge Lubomirski, señor poderoso y de gran capacidad; el cual, habiendo sucumbido, fué condenado á perder el honor y la vida, y su empleo de gran mariscal se concedió á Juan Sobieski. Lubomirski consiguió fugarse; pero la Dieta se negó á deliberar y á votar los subsidios para el ejército, si no se hacía justicia al condenado. Sublevóse el país; Lubomirski volvió con ochenta hombres, á los cuales se unieron muchos mas; venció, entró en la Gran Polonia, donde fué bien acogido, y en una batalla campal consiguió ventajas sobre el rey; por último, los obispos mediaron en un arreglo, y Casimiro prometió olvidarlo todo, y no volver á hablar de sucesor.

Aquel rey sin energía, y que no era amado, se dejaba dirigir por su mujer María Luisa Gonzaga, y cuando esta dejó de vivir, en lugar de sentirse libre, se encontró sin impulso, sin guía, sin capacidad, y resolvió abdicar. En vano trataron de disuadirle; retiróse al monasterio de San German de los Prados, donde murió á la edad de setenta y tres años (1672), siendo el último vástago varón de la estirpe de los Wasa.

Fué condicion del nuevo nombramiento que el rey no pudiese abdicar ni proponer otro sucesor; y en breve empezaron las intrigas entre dos competidores extranjeros, llegando las violencias hasta hacerse uso de pistolas en la asamblea: finalmente, los sufragios recayeron en Miguel Koribut Wisniowiecki. Descendiente

1661.

1666.

1668.  
17 de  
setiembre.

1669.

de la ilustre raza de los Piasti, habia sido no obstante despojado por los Cosacos, vivía con los réditos de una pensión, no solicitando un trono para el cual se encontraba sin aptitud, experiencia ni valor. En medio de tantas tormentas interiores y exteriores, no es de admirar que perdiese todo favor al poco tiempo; contribuyendo especialmente á ello las invasiones de los Turcos, que él no bastaba á rechazar. La nobleza se negaba á combatir por la patria, y no sabia mas que formar sus confederaciones hostiles, una para sostener la autoridad real, y la otra para combatirla. Al frente de esta última, Juan Sobieski salvó la patria de la guerra civil y de la invasión otomana, y habiendo merecido ser nombrado rey, pudo libertar á Viena y á la Cristiandad. Buscada su alianza, á causa del valor de sus tropas, habria llegado á ser grande, si hubiese conocido los deberes de un rey y los derechos de su nación; pero al contrario, obrando por ambición personal, se unió á la Rusia con objeto de proporcionar establecimiento á sus hijos, y se convino en ceder al czar las conquistas anteriores hechas en Lituania, con Smolensko y la Pequeña Rusia, Kíef y los Cosacos Zaporogas, mediante una compensación de 70.000 rublos y la alianza de aquel soberano contra los Turcos y el kan de Crimea.

Juan  
III.  
Sobieski.  
1674.

Iba, pues, debilitándose la Polonia. Habia renunciado por la paz de Oliva á la soberanía del ducado de Prusia, y cedido la Livonia á la Suecia; abandonaba ahora la Lituania y la Ucrania á la Rusia, á la cual habia sido superior hasta entónces; y sin embargo, con semejantes sacrificios, no logró libertar al país de la invasión de los Tártaros, y el kan de Crimea se adelantó hasta Lemberg, dejando desierta la comarca allende al Dniester. Entretanto, la discordia se encrudecía en lo interior, y las Dietas seguían siendo muy borrascosas. Esto contribuía á que la guerra se hiciese en lo exterior con lentitud, y ya no fué posible recobrar á Kaminiék, cuya conquista habia excitado á tomar las armas. Sobieski, educado con el mayor esmero, de índole excelente, leal en los tratados, caballeresco en la guerra, en su cortesía respecto de las mujeres, en su piedad, en su lujo, y considerado algun tiempo como héroe, perdió parte de su crédito desde que se vió la marcha lenta de la guerra con los Turcos. Al fin llevó la economía hasta la mezquindad, y mostrándose rara vez en Varsovia, vagaba de provincia en provincia. Los males del país llenaron de amargura sus últimos momentos, y como se le pidiese que remediara la desgracia de alguno en su testamento, contestó: « ¿Para qué? » « ¿No véis el vértigo que se ha apoderado de los Polacos? ¡Qué desdichados son los reyes! » « Mientras vivimos, mandamos sin que se nos obedezca; y ¿nos obedecerian despues de muertos? Alabo á aquel que en vida ayuda á sus parientes y amigos; pero ¿quién sabe si lo que deja al morir pasará á sus herederos? »

« ros? ¿Qué ha sido de las disposiciones de mis predecesores? En una nación donde el oro manda, el dinero es el que juzga. »

Las disputas para sucederle fueron un verdadero infierno: los ejércitos se confederaron con objeto de reclamar sus pagas: la viuda de Sobieski intrigó y litigó contra sus propios hijos; los Lituanos pretendieron que se les igualase en derechos á los Polacos; en las Dietas de elección se llegó hasta echar mano de las armas. El hijo de Sobieski ofreció, si le nombraban rey, 5.000.000 de florines, y 100.000 al año para rescatar á los prisioneros de guerra. Federico Augusto, elector de Sajonia, que no vaciló en arriesgar los tranquilos goces de su hermoso país por el fausto tempestuoso de aquella corte, ofreció 10.000.000: teniendo á su disposición un ejército de treinta mil hombres, ofreció que recobraría á Kaminiék, la Ucrania, la Valaquia, la Moldavia, la Podolia, y enviaria seiscientos combatientes pagados por él en cualquier ocasion que los pidiese la Dieta. Luis XIV intrigaba con mas actividad aun en favor del príncipe de Conti; y ya este habia obtenido las tres cuartas partes de los votos, cuando le fueron arrebatados muchos á fuerza de dinero; y juntamente con él fué proclamado Federico Augusto, el cual, como mas cercano, venció y se le ciñó la corona (1). El príncipe de Conti se presentó; pero creía encontrar un ejército dispuesto á apoyarle, al paso que los Polacos esperaban que llevase millones: y convencidos de su recíproca ilusión, él se volvió á Francia, y los Polacos reconocieron por rey á Augusto. ¿Era posible que la autoridad real se sostuviese cuando la libertad de la elección no era sino la de vender el voto?

¡Harto manifiesto estaba que los males de aquel país no debían curarse mas que con la muerte!

1697.  
Augusto.  
to II.

## CAPÍTULO XXIX

Rusia. — Los Romanoff.

La superioridad en el Norte pasaba ya de las antiguas potencias á una nueva. Durante tres siglos Rusia habia permanecido ajena á la política y á la actividad civil de Europa, ocupándose enteramente en reconstruir su nacionalidad sustrayéndola del poder de los Mogoles, y en consolidar la fuerza interior y la monarquía. Los grandes príncipes de Moscou, desde Juan I Kalila hasta Basilio III el Ciego (1), se habian dedicado á esta obra; pero solo Juan III logró asegurar la existencia política de la Moscovia. Kalila no obtuvo feliz éxito sino como diestro servidor de los Mogoles: Demetrio III Donski venció á Mamai-khan; pero vió su capital reducida á cenizas, y tuvo que humillarse ante Toktamisc. Su sucesor aspiró únicamente á conservar, no consiguiéndolo tampoco; y solicitó la

1333-  
1425.

(1) Véase la nota I.

(2) Véase el libro XIII, cap. 27.



benevolencia de los Mogoles. Su sobrino, incapaz de resistir á un puñado de Tártaros, cayó en el envilecimiento. La Horda de Oro y la Lituania limitaban el pequeño horizonte de un imperio que se desconocía á sí mismo. Pero en el momento en que cambiaba la faz de Europa con el descubrimiento de la América, y en que la nueva política de la casa de Austria, conmoviendo la Hungría, la Bohemia y la Polonia, daba importancia política al Norte, Juan (Ivan) III, empleando alternativamente la fuerza y la astucia, atrevido y reservado, con un prudente sistema de guerra y de paz, uniéndose al Occidente, pero sin querer confundir aun su destino con el de sus aliados, hábil en proporcionarse instrumentos para sus designios, sin servir de instrumento á nadie, aseguró la independencia de la Rusia, emancipándola de un pueblo nómada, se hizo respetar desde Roma á Copenhague, desde Viena á Constantinopla, y marchó á la par con los emperadores y los sultanes.

1462.  
Ivan  
III.

Le sirvió de mucho haber ascendido al trono en el vigor de los veintin años, y haberlo ocupado cuarenta y tres. Ante todo era necesario reunir los diferentes señoríos bajo la ley de un solo jefe, el cual tuviese así bastante fuerza para libertarse de la dependencia extranjera, recobrar provincias perdidas, y restablecer las fronteras en su pristino estado. Los grandes príncipes de Rusia, pagando á la Horda de Oro un tributo, se presentaban á pié al enviado del Capchak, le ofrecían un vaso de leche de yegua, y si se vertía una gota en la crin del caballo en que aquel estaba montado, debían lamerla. Juan se negó á esta humillación, y cuando el kan Acmet le envió la orden con el gran sello exigiéndola, él pisoteó el diploma é hizo dar muerte á los embajadores, exceptuando á uno solo para que llevase la noticia al Capchak. Acmet, incitado tambien por Casimiro IV de Polonia, invadió la Rusia; pero la gran duquesa María inspiró valor á su esposo; los sacerdotes excitaron el patriotismo del país: Acmet, detenido por el ejército ruso, se vió sorprendido en su retirada por los Tártaros Nogais, pereció en la pelea, y la Horda de Oro quedó destruida. De este modo la Rusia, sin correr siquiera el peligro de una batalla, se encontró libre de los Tártaros.

1481.

Independiente ya Juan, quiso ser autócrata. Novogoron conservaba el privilegio de tener jueces y administracion propia, como tambien Pskov, á semejanza de las ciudades libres de Alemania, con un *posadnick* ó corregidor, magistrados populares y grandes asambleas (*vetches*), donde todos los ciudadanos se reunían al toque de la gran campana. Juan dijo: « Quiero » reinar tanto en Novogoron como en Moscou; » necesito dominios en vuestro territorio; re- » nunciad al *posadnick* y á la campana; » y sometió aquella ciudad por las armas. Es cierto que le dejó el gobierno municipal; pero durante la paz adquirió partidarios, distribuyó arbitrariamente la justicia, y aprovechándose de toda

1471.

clase de pretextos, acabó con aquella república, si bien le fué preciso usar de rigor para reprimir el espíritu de independencia, matando y trasladando á otros puntos mucha gente. Pskov, hermana menor de Novogoron, conservó alguna sombra de gobierno popular, en una sumision completa. Así poco á poco se reunieron á la monarquía rusa la Gran Permia (1472), los principados de Tver, Vereia, Rostof, Yaroslaf (1485), la república de Viatka, el país de Arsk y de los Yugros (1489): y de consiguiente Juan tomó el título de *autócrata de todas las Rusias*. Hemos hablado ya de las guerras que sostuvo con la Polonia para hacerse dueño de la Lituania (pag. 367).

En medio de las estepas de la Alta Asia quedaban aun las hordas tártaras de Casan y de Astrakan, además de la de Siberia, que se presentaban tan pronto á orillas del Dnieper como del Kama, concertando sus movimientos con los Lituanos. Mengli-Gherai, kan de la Crimea, aliado del gran príncipe, destruyó enteramente la Horda de Oro; después Juan conquistó el reino de Casan, que desde entonces recibió de la Rusia sus soberanos (1486).

Tambien quiso Juan ser independiente en los asuntos religiosos. Aunque el metropolitano de Moscou tenia aun el poder espiritual, Juan dominaba en los sínodos. Uno de estos condenó la secta de los judaizantes, establecida en 1470 por Skaria, Judío de Kief, que negaba la divinidad de Cristo y la verdad del Evangelio, proclamando que la única ley divina era la de Moises y que todavía no habia venido el Mesías. Este puro judaismo pareció una novedad, y muchas personas lo abrazaron, hasta entre los grandes, señalándose por la pureza de sus costumbres; aumentóse su número, de tal manera que uno de ellos fué metropolitano de Moscovia, encontrándose así un Judío á la cabeza del clero cristiano. Juan, que los habia protegido, los condenó; pero no permitió que se les matase. Otro sínodo reformó la disciplina del clero, prohibiendo la simonía, corrigiendo los conventos, mandando que los sacerdotes viudos no celebrasen el sacrificio, que no se cantase en el coro sin traje talar, y que no se recaudase la cuarta parte de las rentas de la parroquia. Juan proyectaba asimismo quitar enteramente los bienes al clero; mas le disuadieron de ello aquellas palabras de San Vladimiro, registradas en las leyes de Yaroslaf (1): « El que ocupe los » bienes de la Iglesia y el diezmo de los obis- » pos, aunque sea uno de mis hijos ó descen- » dientes, será maldecido en este mundo y en » el otro. » Esta maldición no asustó á la filósofa Catalina II, la cual, habiendo confiscado los bienes de la Iglesia, fijó honorarios al clero.

El cardenal Besarion, ocupado siempre en reunir las dos Iglesias, griega y latina, esperó

(1) La terminacion *mir*, tan común en los nombres eslavos, viene de una raíz que significa paz. De *slava*, gloria, se derivan las otras igualmente divulgadas *slas*, *slaf*, etc. Ladislav, Jaroslaf, etc. *Witz* ó *vich* quiere decir hijo.

facilitar este resultado sugiriendo á Juan III que se casara con María, hija de Tomas Paleólogo, refugiado en Roma. Los boyardos dijeron que el mismo Dios enviaba al gran príncipe tan dulce esposa, « vástago del árbol imperial que » en otro tiempo cubrió con su sombra á todos » los hermanos cristianos ortodoxos. » Moscou iba á convertirse, añadian, en otra Bizancio, y los grandes príncipes á adquirir los derechos de los emperadores griegos (1). Sofia, ó como la llamaban, María, aunque educada en Roma, siguió fielmente el rito griego: varios sabios, precisados á huir de la Grecia, fueron á buscar un asilo á la capital del nuevo imperio, adonde llevaron libros y el conocimiento del latin, lo cual fué un nuevo vínculo para la Rusia con las naciones europeas; Teodoro y Demetrio Lascaris sobre todo difundieron algún saber.

1479.

Habiéndose caído tres veces el nuevo Kremlin, recurrió Juan á artistas extranjeros y llamó á Aristóteles Fiorabanti, de Bolonia, á quien se solicitaba entonces en Constantinopla, y que pidió 10 rublos al mes, ó sean dos libras de plata. La iglesia se construyó en cuatro años, y otros arquitectos, principalmente un Milanés llamado Aloisio, fabricaron palacios de ladrillos. Pedro Solaro, hijo de Antonio, trabajó tambien en el Kremlin; el Genovés Pablo Bossi fundió el *rey de los cañones* (*Tzar-pouchka*). Aristóteles mejoró los cuños de las monedas. Las minas de cobre y plata, descubiertas al otro lado del Peshchora en 1491 por dos Alemanes y dos Rusos, fueron explotadas en el reinado de Juan. Se establecieron posadas donde los viajeros encontrasen caballos y alojamientos, y á muchas personas se concedía el derecho de exigirlos gratuitamente, como entre los Tártaros. Destruyendo el banco de las Ciudades Anseáticas en Novogoron, emancipó Juan tambien á sus súbditos de aquella tiranía mercantil.

Asignó feudos á los hijos de los boyardos, es decir, á los descendientes de los primeros conquistadores, con la condicion de que en caso de guerra, suministrarían un número de hombres proporcionado; de esta manera adquirió un ejército y una nobleza nueva, sin las prerogativas políticas que habia arrancado á los pequeños príncipes independientes. Según el código promulgado en 1497, el autócrata, juez supremo de los súbditos, delegaba la facultad de celebrar juicios á los boyardos y á sus hijos poseedores de feudos; pero estos no podían sentenciar definitivamente, sino asistidos de un anciano y de personas probas, elegidas por los ciudadanos; el autócrata podia derogar las decisiones contrarias á la justicia y á las leyes. Révelase aun la barbarie en aquella legislación con penas

(1) NICOLAS KARASIN, *Historia de Rusia*, 1818, II tomos en 8º.

Historica Russiae monumenta ex antiquis exterarum gentium archivis et bibliothecis deprompta ab A. J. Turgenio, t. I. — Scripva varia a secreto archivio vaticano et aliis archivis et bibliothecis romanis excerpta continens, inde ab anno mxxxiv.

exorbitantes; se conservaron el tormento y el duelo. Sin embargo, suavizóse la servidumbre, y ni la mujer ni los hijos de los que eran vendidos por autoridad pública quedaron sujetos á la venta; aun mas, se permitió á los siervos pasar de una aldea á otra, es decir, cambiar de dueño, bajo ciertas condiciones.

Juan regularizó las relaciones con la Europa, enviando embajadas al papa, al rey de Dinamarca, que buscó su alianza contra la Suecia, y Matías Corvino, rey de Hungría, con quien desde entonces concertó una invasion en Polonia. Lisonjeóle el emperador Maximiliano I para contrariar al rey de Polonia, Casimiro. Habiéndole pedido Alberto, marques de Baden y sobrino de Maximiliano, la mano de una de sus hijas, se la negó, como si aquella union fuese poco para el *hermano de los emperadores de Oriente*, los cuales se habian dignado ceder la ciudad de Roma á los papas, estableciéndose en Constantinopla (1). Rusia adquirió importancia á los ojos de Europa, y colocó en sus armas el águila de dos cabezas de los Paleólogos, juntamente con el San Jorge de Rusia, esperando Juan arrojar de Grecia á los Turcos como de la Moscovia á los Tártaros. Los emperadores alemanes, que habian favorecido el engrandecimiento de Rusia, se asustaron entonces, y en 1518 Carlos V escribía al gran maestre de los Teutónicos. « No » conviene que la Rusia llegue á ser tan poderosa, y se necesita que la Polonia se conserve » entera, para el equilibrio de Europa (2). »

Sin embargo, la Puerta se sobreponia aun á la Rusia, y Juan no podia hacer respetar á sus mercaderes establecidos en Azof y en Caffa. Escribía á Bayaceto II (3): « Los mercaderes rusos » que han recorrido vuestro imperio para ejercer » en él un tráfico ventajoso á ambos países, me » han dirigido quejas sobre los malos tratamientos que han sufrido por parte de vuestros » magistrados. El verano último, el bajá de Azof » les hizo abrir fosos, y llevar piedras para los » edificios de la ciudad; se obliga á nuestros » comerciantes de Azof y de Caffa á vender sus » géneros á la mitad de su justo precio; si uno » de ellos cae enfermo, se sellan sus efectos; si » muere, los roban; si se cura, le devuelven la » mitad: los testamentos no se ejecutan, y los » magistrados turcos no reconocen mas here- » deros que á sí mismos. » Tantas vejaciones sobrellevadas sin declarar la guerra, indican que la Rusia se sentia inferior.

Sofia indujo á Juan á desheredar al hijo mayor de su primer matrimonio, y á dar muerte al otro en un arrebato de cólera: de modo que tuvo por sucesor á Basilio IV, no menos valeroso, astuto y firme que él, y que se dedicó á reunir las provincias, á humillar á los pueblos vecinos, y á consolidar la monarquía. Pero recordemos que se trata aun de un país medio

Basilio  
IV.  
1505.  
27 de octubre

(1) KARASIN, t. VII, *Docum. justife*.

(2) El mismo, t. II, c. 5.

(3) Desde Moscou, en 31 de agosto de 1492.



bárbaro, donde se combate con extremada ferocidad, donde no se disfrazan las perfidias, donde no existe mas derecho internacional que el del mas fuerte. El czar (1) era un déspota asiático, árbitro de la ley y la justicia, y que si hacia algun bien, era por efecto de su bondad particular; los boyardos le obedecian como hombres desprovistos de voluntad, con admiración de los Latinos y los Alemanes. Basilio encerró en una prision, para darle allí muerte, á su sobrino Demetrio, que podia disputarle el trono como hijo de su hermano mayor, sometió á sus leyes á Pskov, quitándole todo resto de independencia, llevándose la campana cuyo toque habia reunido durante muchos siglos al consejo, y trasladando á lo interior trescientas familias principales; lo mismo ejecutó con el principado de Raisan y la Siberia. Igual suerte habria cabido á Kief sin la guerra que tuvo que emprender contra Cazan y la Crimea. El kan de esta última comarca invadió y puso en grande apuro á la Rusia, la cual se sujetó á pagar un tributo, si bien recobró pronto su primera supremacia. Las correrías de los Tártaros costaban de cuando en cuando centenares de hombres á Rusia. Habiendo favorecido la Crimea á los Polacos, Basilio invadió la Lituania, y despues de sitiarse tres veces á Smolensko, consiguió apoderarse de ella; mas el valor de Constantino Ostrowski, héroe de la Polonia, suspendió sus triunfos.

Juan IV.  
1533.  
3 de  
diciem-  
bre.

Su hijo Juan IV le sucedió de edad de cuatro años; y su madre Elena, hija del héroe lituano Glinski, aceptó su tutela, á diferencia de las demas emperatrices, que en cuanto morian sus maridos se encerraban en los monasterios. Incapaz, voluptuosa, y en su consecuencia aborrecida, se desembarazó de las personas que podian causarle recelos, y habria excitado sublevaciones, si no hubiese muerto ó sido asesinada. Estallaron entonces nuevas venganzas entre los que la reemplazaron, y hubo terribles luchas para dominar con el título de regente: entretanto, Juan crecia sin ningun freno, tenaz, rodeado de aduladores en medio de diversiones obscenas é implacables. Convirtiéndose luego en terror del país, desde que empuñó las riendas del gobierno, dejó á los Glinski ejercer la tiranía y el tráfico mas inmoral. Pero habiendo estado un espantoso incendio en Moscou, el pueblo echó la culpa á aquellos á quienes odiaba, y degolló ó persiguió á los Glinski como hechiceros. Silvestre, sacerdote de gran piedad, se presentó á Juan, y le leyó el pacto que Dios habia celebrado en otro tiempo con el rey de Israel, preguntándole cómo lo habia cumplido; Juan, afectado hasta el punto de derramar lágrimas, prometió corregirse.

Convocó, pues, á los notables en Moscou, y arrepiñéndose de lo pasado, anunció un perdón general y se rodeó de personas honradas.

(1) Basilio IV, en sus últimos años, se dió quizá este título, que despues Ivan IV tomó solemnemente en 1545.

Hizo revisar el código que Juan III habia dejado imperfecto, lo que produjo la abolición del duelo judicial (*sudebnik*); el testimonio de cinco ó seis individuos poco conocidos no bastó ya para la condena, pero sí la palabra de un boyardo ó de un empleado; si alguno de mala reputación era acusado de robo, debía aplicársele el tormento para que confesase; mas en gozando de buena fama, se le sometia al procedimiento ordinario. El primer robo se castigaba con el knut, el segundo con la muerte, como el asesinato, la calumnia, el sacrilegio, el crimen de lesa majestad y el turbar la tranquilidad pública recorriendo el país en partidas. Si un particular vendia sus bienes patrimoniales, los parientes que no habian intervenido en el contrato, podian rescatarlos en el plazo de cuarenta años. Los que nacian libres, permanecian tales, aunque sus padres se vendiesen: los deudores no podian ser reducidos á la esclavitud. Las multas por injurias variaban segun la calidad del ofendido. Los Cristianos, que á pesar de su juramento se sustrajesen del cautiverio, eran castigados, en atencion á que vale mas morir que cometer pecado mortal.

Concedió á sus súbditos algunos derechos políticos, é instituyó en cada ciudad un consejo de ancianos para asistir á los gobernadores en los procesos. Abrió escuelas y una imprenta en Moscou, é hizo que el Sajon Schilt atrajese al país artistas, médicos y operarios alemanes. Obligó á los obispos á que reformasen la Iglesia, las costumbres del clero y la liturgia, aboliendo ciertos ritos extraños que atestiguaban la barbarie; como el de poner sobre el altar cerveza, hidromiel, pan, y la primera camisa del recién nacido; el pasar la noche de Navidad bebiendo y bailando, ó la de Pentecostes ahullando y llorando en los cementerios, ó el Juéves Santo quemando paja y evocando á los difuntos. Prohibió tambien que se bañasen juntos hombres y mujeres, frailes y monjas; y en fin, el uso de afeitarse, « infamia que no puede expiar la sangre del martirio, pues el que se afeita su barba obra contra Dios, que creó al hombre á su imagen (1). » Permitió que se hiciesen las imágenes de las iglesias á voluntad, pero copiándolas de antiguos cuadros bizantinos pintores que el czar juzgase dignos de tal trabajo en vista de la pureza de sus costumbres, y que serian remunerados por la estimación pública. Estaba vedado á los obispos y conventos adquirir bienes raíces sin expresa autorización. Era origen de interminables disputas en los ejércitos una antigua costumbre, en virtud de la cual los grados no se determinaban segun los años de servicio, sino segun la gloria de los antecesores. Un oficial, cuyo padre hubiese sido general en jefe ó

(1) Véase la importantísima obra de AUGUSTO THEINER, *De la Iglesia rutená y de sus relaciones con la Santa Sede*, 1843. En aquella época la Iglesia rutená comprendia los obispos de Kief y Lemberg, las provincias de Podolia y Volinia, parte del palatinado de Lublin, y los gobiernos de Smolensko, Chericof, Pultava, Karkof y Yecaterinoslaf, con mas de diez millones de almas.

de division, no habria servido nunca á las órdenes de otro, descendiente de un general de vanguardia. Juan quiso que no se tuviese consideración al lustre mas que en favor de los generales de vanguardia y retaguardia, los cuales no debian estar subordinados sino á un jefe de igual grado; pero los generales de las alas debian obedecer á los jefes que se les designasen, sin consideración á la antigüedad. Sustituyó á la milicia feudal, que no se servia mas que del arco, los Strelitz, armados de fusiles.

Cosacos.  
1532.

Á diferencia de los Cosacos del Dnieper (pág. 368) con los cuales tuvieron de comun tan solo el nombre, por la semejanza en el modo de vivir, los Cosacos del Don descendian de desertores rusos que, habiéndose establecido en la confluencia de este rio con el Volga, atacaban las caravanas que se dirigian á Azof, y se llamaban Chercask, quizá porque sus primeras muderes eran de la Circasia. Encerrados entre los musulmanes y los Cristianos, prefirieron entregarse á los Rusos, y Juan IV los constituyó en una especie de república, con derecho de elegir sus hetmanes, prometiéndoles distribuciones anuales de granos, y un ligero subsidio cuando fuesen llamados á entrar en campaña. Bastante le sirvieron contra los Tártaros de Cazan, que soportando con impaciencia el yugo de Juan III, se agitaban, levantaban la cabeza, é invadían feroces el territorio ruso. Juan IV les hizo varias veces la guerra, hasta que, consiguiendo apoderarse de Cazan, puso fin á aquel reino: en memoria de ello, se erigió en Moscou la iglesia de la Virgen del Socorro, con nueve cúpulas, y Juan fué saludado como el salvador de la Cristiandad. Al poco tiempo atacó á Astrakan, y despues de una leve resistencia, ocupó aquellos Estados; tambien destruyó enteramente al kan de Crimea.

1534.

Para enseñorearse de la Livonia, declaró la guerra á la orden de los Portaespadas. El rey de Dinamarca se interpuso, y envió al czar embajadas y regalos, entre estos un reloj que indicaba el curso de los astros; pero Juan se lo devolvió, diciéndole que era Cristiano, y no tenia nada que ver con los planetas (1). Los caballeros portaespadas pusieron la Livonia bajo la dependencia de Segismundo Augusto de Polonia; en su consecuencia, el czar entró en Lituania, y hubo alternativas de triunfos y reveses, hasta que Juan, por la debilidad en que se encontraban la Polonia y la Suecia, se apoderó de la Livonia.

1562.

La muerte de su esposa, una grave enfermedad, y las intrigas urdidas en el tiempo que duró esta para invertir el orden de sucesión, alteraron el juicio del czar, el cual recayó en aquella brutalidad que debia á la educación, sin dejar de ser muy devoto. Veía en todas partes conjuraciones, y creía en la conveniencia de cerrar el corazón á toda piedad; de suerte que los mas indulgentes trataron de

(1) BUSCHING, *Magazzino*, VII, 300.

disminuir el odio que inspiraba, atribuyendo sus furores á demencia. Desgracia inmensa de los pueblos, cuya vida puede verse á merced de los caprichos de un loco! El buen fray Silvestre, su consejero, fué desterrado, acusándosele de haber inducido al rey al bien que habia hecho hasta entónces, valiéndose para ello de sortilegios; cortesanos y espías, que son la peste de las córtes, invadieron el palacio; los obispos asistian para justificarlos á obscenos banquetes que se le preparaban á fin de distraerle del dolor que le causaba la pérdida de su esposa. Juan no abandonaba la crápula sino para dedicarse á la proscripción de las personas virtuosas ó ricas, y escudriñar los secretos de las casas y los pensamientos. Una vez convocó á todos los funcionarios civiles y militares, aun á los mas lejanos, con sus familias, y acompañado de aquella comitiva, se dirigió á Alexandrof, desde donde escribió á Moscou, quejándose de que todos le vendian; que el clero estaba inclinado siempre á mitigar su rigor, y que por tanto depondria el cetro para no ocuparse mas que en el cuidado de su salvación. No se le pudo inducir á continuar sino con la promesa de dejarle aplicar sin intercesión todos los castigos. Entónces repartió el imperio, conservando para sí la reserva (*opritschnina*) ó dominio imperial, que comprendia diez y nueve ciudades, algunos distritos de Moscovia, y muchos barrios de la capital, cuyos antiguos propietarios habian sido expulsados por fuerza. El resto (*semschchnina* ó país) estaba abandonado á la administración de los boyardos; pero el czar se reservaba en todas partes el poder militar y el derecho del sable.

Rodeado de seis mil individuos entre príncipes y nobles, comprometidos por medio de juramento á servirle con fidelidad y verdad, enriquecidos con los bienes arrebatados á doce mil familias y que llevaban pendientes de la silla una cabeza de perro y una escoba, para indicar que debian morder á los enemigos del czar, y barrer el mundo, empezó las proscripciones y matanzas, haciendo ahorcar y empalar sin descanso. Moscou no se hallaba comprendida en la reserva; habiéndose, pues, retirado á Alexandrof, pasaba allí la vida en ejercicios de una loca piedad. Formó una hermandad de personas ricas corrompidas, durante cuyos suntuosos banquetes leía libros espirituales. Visitaba con frecuencia las cárceles para hacer dar tormento al primero que se le ocurria. Un dia mató con su propia mano á ciento; una noche mandó ejecutar el rapto de las mujeres mas hermosas para sí y los suyos ciudades enteras fueron declaradas rebeldes y ahogados sus habitantes. No satisfecho con haber expulsado de Novogorod muchas familias, estableció allí un tribunal, adonde los habitantes eran conducidos á millares cada dia, procesándoseles y arrojándolos al rio: así continuó durante cinco semanas, pereciendo hasta sesenta mil personas; la peste y el hambre se encargaron